

MEMORIAS

para la Historia de la Provincia de Castilla de
N. P. San Agustín escritas por el P. Fr. Juan
Quixano, hijo de la misma Provincia *

De nuevo recurre el P. Quijano a fuentes impresas con lo que su narración pierde el carácter de memorias; añádase que los sujetos recordados no son miembros de la Provincia de Castilla; finalmente, el texto dado por el P. Quijano se encuentra en otros autores, nuestros o ajenos, motivos que nos inducen a omitir estos pasajes indicando sólo los folios que ocupan y la nota bibliográfica correspondiente.

Bto. Pedro de Zúñiga, ff. 213^v - 217. Dice el P. Quijano que se ha servido de una "Relación impresa en Madrid por Andrés Parra el 1624". Se refiere a un impreso de dos hojas, del que ha copiado página y media, a lo que hace preceder unas líneas genealógicas. Un ejemplar en BNM R. 31534. Más bibliografía en PORTILLO DE AGUILAR, Sebastián de, Crónica espiritual agustiniana..., III, Madrid 1732, 315.

PP. Juan Graels y Raimundo Anglada, ff. 217^v 221^v. Su narración, previo un brevísimo preludio sobre los moriscos, está tomada de la relación impresa en 1619 con el título Quatro presas y victorias..., con alguna variante al principio, con alguna glosa

* Véase Archivo Agustiniiano, LVII (1963), 208-225.

ascético-oratoria y con la reducción del final a pocas líneas. Puede verse íntegra dicha relación en Portillo, 1, c., 157-160.

Bto. Hernando de San José, ff. 222-228. "No diré más, escribe al principio el P. Quijano, de lo que se dice y cuenta, en una relación que vino a mis manos, escrita en las Filipinas y enviada a las Religiones..." *La relación que envió el P. Francisco Morales, misionero O. P. en el Japón, sirvió de base a los libros que por entonces publicaron los PP. González O. P., Becerra O. S. A., Manzano O. P. En estos autores se basa también Portillo, o. c., II, Madrid 1732, 374-384. Remata el P. Quijano su relato con estas palabras: "Esta relación saqué yo sucintamente de otras muchas que enviaron los portugueses que viven en Japón en el puerto de Nangasaki a Macau y Malaca, por donde vinieron a manos del P. Fr. Hernando de Moraga, descalzo francisco, pasando por la India para España, enviado de su provincial de Filipinas por definidor al Capítulo General de su Orden, y llegó a la Corte en 16 de enero de 1618" (ff. 228-228^v).*

Posteriormente llega a manos del P. Quijano el libro del P. Morejón S. J., por él citado en el f. 267^v, y, creyendo que Hernando de Ayala era diverso de Hernando de S. José, dedica al "primero" los ff. 265-267^v completando lo que había narrado del "segundo" en los citados ff. 222-228^v con las palabras pronunciadas por el mártir antes de morir, glosadas con el habitual estilo del P. Quijano.

MEDINA DEL CAMPO

La fundación de este convento no es antigua; pasóse de otro que estaba fundado. Llámase Nuestra Señora de Gracia. Si tuviera alguna más renta de lo que hay tiene, año de 1633, fuera de los mejores conventos de la Provincia, porque el sitio de él es en todas maneras bueno. La Villa hace mucha estima de él, la gente muy cortesana y agasajadora, nada espantadiza de cosas que oigan y vean. Ha tenido dicha este grave convento en haber tenido priores santos

y muy graves, como el santo Fr. Luis de Montoya, reformador del reino de Portugal de nuestra Orden. Salió para esto siendo prior de él, y así intituló al principal convento, que lo es mucho el de Lisboa, de nuestra Señora de Gracia, y de suerte se le pegó el nombre que no saben otro a nuestros religiosos, sino frailes de Gracia. De este venerable santo 229 v Padre se hacen informaciones, como del santo Fr. Alonso de Orozco, también prior que fue de esta casa; y fuelo el P. M. Fr. Esteban Suárez, y P. Fr. Gabriel Pínelo, cuyas letras y púlpito fue de las más estimadas del rey D. Felipe II que hubo en su tiempo; y a este tono otros muy graves y doctos prelados. Hijos de profesión ha tenido algunos de mucha estima, como el P. Quintanilla, heredero que vino a ser del Mayorazgo de esta casa, tan estimada en Castilla, y tan conocido en esta Villa; los Quevedos, maestro el uno y entrambos consultores del Santo Oficio, a quienes yo conocí, y otros muchos; y, entre todos, no solos los de esta casa sino de toda la Orden, se puede hacer mención sobre todos del P. Fr. Jerónimo de Guevara, de quien he dicho en su lugar, tratando de San Felipe, donde vino a morir. Siempre ha habido religiosos muy honrados y virtuosos y en razón de estima se puede colegir cuanta tiene nuestro hábito, pues fuera del dicho convento nuestro hay otros dos, uno de Recoletos, dechado de ejemplo y santidad, y, aunque de paso, se ha de advertir que como la santa madre Teresa de Jesús, el primero convento que fundó de sus descalzos fue el de Avila y el segundo el de esta villa, así por la Providencia de Dios, el primero que fundó la Orden de esta santísima Congregación, mediante la Madre Mariana de San José, fue el de Eibar, y el segundo ordenó Nuestro Señor se fundase el de esta villa de Medina, de donde, como del caballo griego, han salido a fundar otros muchos, todos observantísimos y de gran perfección; consérvelos Dios y aumentelos, para mayor honra y servicio suyo. Otro es el monasterio de la Magdalena, el cual mandó el rey D. Felipe II que trajesen nuestro hábito, porque habían variado dentro de él, y unas eran Dominicas, otras de 230 v nuestro hábito; y para quitar esta confusión, lo mandó y envió reformador, y que le sujetase a la nuestra Orden, como se hizo, y lo estuvo algunos años, hasta que viendo la Provincia que los Patronos del dicho convento querían tomar demasiada mano, así en gobierno como en meter a su albedrío y de balde muchas religiosas, y que había días andaba el pleito en razón de esto, tuvo por bien de dejarlas, como se hizo, y así la gobierna ahora, año de 632, el Ordinario.

Pues en este nuestro convento de nuestra Señora de Gracia sucedió el año de 1629 uno de los casos más lamentables que se leen en las historias, porque aunque en diferentes tiempos hacen mención las dichas historias, como la Pontifical de Illescas y otras, de ruinas y caídas de templos, mirando las circunstancias de tiempo, hora y ocasión, no sé que haya sido como esta (1). Solemnizó- 231 base (y había tres o cuatro años se había empezado) el entierro de Cristo N. S., Viernes Santo a su hora, a las tres y cuarto de la tarde, la procesión se hace siempre con mucha solemnidad y aparato de circunstancias notables, de devoción de los religiosos, de todo el estado eclesiástico, y no solamente de la Villa toda nobleza de ella, sino de toda la tierra y comarca de cinco y seis leguas en contorno, de manera que con ser la Iglesia del convento capacísima, se llena ella, claustros y calles, que apenas puede pasar la procesión por ellas. La capilla mayor es muy grande, y de las buenas que hay en Castilla; del cuerpo de la Iglesia que no tenía bóvedas se estaban haciendo la primera hilera de ellas, que estaban contiguas con la capilla mayor; había grandes vigas hincadas en el suelo de más de sesenta pies en alto en las cuales estribaban los andamios altísimos, porque la Iglesia lo 231 v es; muchos enmaderamientos y cuarterones y tablas en que andaban los oficiales que hacían la bóveda; había cesado la obra desde el miércoles santo por ser los días siguientes dedicados al culto divino. Comenzó desde la mañana a venir gente por tomar lugar y ver desenclavar el Santo Cristo, por extremo devoto, que estaba desde el jueves antes en un tablado muy autorizado, colgadas las paredes de paños negros, con toda la decencia y posibilidad del convento. La capilla mayor se llenó de gente más principal, así eclesiástica y de todas Religiones como seglares; el cuerpo de la Iglesia de la demás; serían las dos y media, poco más o menos, cuando el Predicador del convento el P. Fr. Juan Deza se subió al púlpito, comenzó su sermón y prosiguiendo el primer discurso, ya a las tres trataba del sentimiento grande que hicieron las criaturas todas en la muerte de Cristo 232 S. N., "las piedras, decía, se hicieron pedazos unas con otras, los monumentos se abrieron, los ele-

(1) En BNM, V - C.^a 1016, n. 4, se conserva un ejemplar de la anónima "Relación del lastimoso suceso y miserable fracaso que, por secretos juicios de Dios, sucedió Viernes Santo trece de abril, deste año de 1629, día del glorioso San Hermenegildo, en el Convento de San Agustín de la Villa de Medina del Campo". Dos hojas impresas por Juan Bautista Varesio, en Valladolid, 1629. Es una descripción menos detallada que la del P. Quijano, pero, en cambio, da los nombres de algunas de las víctimas más consideradas.

mentos se alteraron, el sol se oscureció, la luna perdió su luz, el velo del Templo se rasgó de alto a bajo"; al punto que dijo esta última palabra (¡Oh ira de Dios irritada! ¡Oh justicia de Dios provocada! ¡Oh saña justa, ocasionada de nuestra maldad, desenvaina su espada!), dio un horrible estallido la bóveda que he dicho, hiéndose por medio, comienza a caer con un estruendo tan impetuoso, que derribando vigas, tablas, cuartones de los andamios, cae sobre la gente que estaba debajo, pereciendo un gran número, sin poder valer ni socorrerse por la apretura en que estaban todos. La confusión, los alaridos, la vocería y gritos de tan innumerables gentes, ¿quién lo podrá explicar?; el polvo que se levantó hizo una nube tan espesa, que no se veían unos a otros, ni se conocían, ni se podían favorecer; y en medio de esta obscuridad torna 232 v a caer la otra mitad de la bóveda que con su peso arrebató tras sí e hizo caer cuantas vigas y maderamiento había, y la mayor que, como he dicho, era de sesenta pies, vino cayendo con un horrible espanto, y dando en la reja de la capilla mayor, la hizo pedazos, y la extremidad de ella, como era tan larga, fue haciendo grandísimo estrago. La gente, alborotada por salir, aprieta por la puerta de la capilla mayor que cae al claustro, y otros por la de la sacristía, como gente a quien por la alteración faltaba la prudencia del más acertado discurso, así le confundieron todos por querer salir, que atropellados unos con otros rindieron sus vidas ahogados entre los pies de los que no trataban de agraviar sino de salvar sus vidas. Oh juicio de Dios que era ver en esta sazón las ansias, los alaridos de los que salían, unos sin capas, otros sin mantos, poniendo sus voces en el suelo (*cielo*), llenos de polvo, desfigurados y 233 más muertos que vivos. Cual clamaba por su padre, otro por su madre, unos por los hijos, otros por los maridos. En saliéndose, mirábanse unos a otros, y si se conocían se abrazaban con gemidos y sollozos, como quienes milagrosamente habían escapado. Pues aún no se había acabado la ira del Señor, porque faltaba otro trozo de las bóvedas, con que acabo de perecer mucha más gente que hasta allí. En fin, perecieron más de doscientas personas, la mayor parte fueron mujeres y gente ordinaria; de los nobles murió uno solo; de gente de prendas, doce; estropeados y heridos, otros casi doscientos, de los cuales murieron muchos, y otros estropeados y sin provecho; y, aunque fue un retrato del juicio, con todo, se puede decir con David ps. *miserordiam et iudicium cantabo*, etc., pues demostró ser misericordia suya acae-
ciendo en día tan santo, para hacer esta cosecha, cuando todos esta-

ban confesados y comulgados, y la ocupación era celebrar con 233 v sentimiento las exequias y entierro de su Dios y Señor, y así no podemos decir que fueron sus muertes subitáneas, pues estaban apercebidas con los Sacramentos que habían recibido, y así se puede decir que ellos se fueron a descansar en paz, y el espanto quedó a los vivos, que ver tantos en los ángulos del claustro, tan desfigurados, horribles y hechos pedazos; que hubo difunto que separada la cabeza del cuerpo, porque se la cortó la furia de un tablón, fue necesario que el destroncado cuerpo le llevasen de por sí; y hombre que recogió la cabeza de su mujer, y la llevó envuelta en un paño; y padre que llevó dos hijos expirando en sus brazos dejando otro hecho pedazos con el alma. Y para que se vea los juicios de Dios, y cómo se han de temer, sucedió estar tres en un banco: el uno morir, y los dos se escaparon; y de otros dos juntos, el uno pereció, el otro vivió; otro quedó enterrado entre los ladrillos y yeso de la bóveda, y hallaron que por haberse 234 atravesado un cuartón le defendió y quedó sin lesión; cual quedó muerto ahogado de polvo, otro que, aunque recibió una notable herida, vivió. Aquí ¿qué podemos decir, sino lo que dijo San Agustín N. P., ¿por qué deja a éste y lleva aquél?, déjalo a tu Dios y a su juicio divino, si no quieres errar. Y en este caso podemos decir lo que San Pablo, que, mucho pues no perdonó a su propio Hijo, pues una figura de Cristo N. S., muy devota, con la cruz a cuestas, la hizo pedazos la viga grande que he dicho.

En tan triste suceso procuraron luego los vivos acudir al reparo de los heridos, y entierro de los muertos. Era Corregidor de la dicha villa el lic. Cambero, persona de letras y de importancia, y así asistió a uno y a otro con gran cuidado. Asistieron los religiosos con muchos eclesiásticos, de todos los cuales ninguna tuvo peligro (no poco de notar) que, según se dijo y fue público, dio Dios licencia al demonio, por sus secretos juicios, para este estrago 234 v como en la casa de su amigo Job, pero no le dio licencia sacase a sus Cristos santos, señalados con su divino carácter. Los prebendados de la Iglesia Colegial, como tan piadosos, se dividieron a enterrar aquella noche los difuntos; los beneficiados de las demás parroquias, hicieron lo mismo; toda aquella noche y sábado siguiente, no era sino lágrimas y entierros. El Regimiento que es copioso de treinta regidores ordenó que el segundo día de Pascua se hiciese procesión general, desde la Iglesia Colegial hasta San Bartolomé, donde está la imagen muy devota del Santo Cristo, de quien es tradición

le llevaba el Cid Ruy Díaz en sus batallas (y así yo no me espanto que con tal capitán saliese siempre vencedor); es monasterio del glorioso Patriarca San Benito. Aquí fue toda la villa a pedir con lágrimas y ternura a este Señor envainase la espada de su rigor y mírase a esta Villa con ojos de clemencia. El miércoles 235 siguiente se hicieron honras en la Iglesia mayor, asistiendo los Regidores en forma de villa, y éstas y las demás se hicieron con mucha honra, ostentación y juntamente sentimiento. El sábado otras en el hospital general (ya se ve cuán magnífica obra es), porque los más se enterraron en él; fue también la villa en forma, hicieron y celebraron los reverendos Padres de nuestra Señora del Carmen, por tener de presente un Padre de esta sagrada Religión la administración de él, por ser pariente del fundador, y hubo sermón. El convento de nuestra Señora de Gracia de N. P. S. Agustín, como a quien le había cabido más parte de sentimiento que a todos los demás, pues sintió el daño común y particular, trató de hacer una muy grande demostración. Primeramente, asistió a todas las honras, así generales como particulares, y a los entierros, yendo a las Iglesias a decir Misas por los difuntos, y a consolar a los vivos. Dividiéndose los religiosos por los barrios y calles, preguntando en cada casa el desastre que había sucedido: y donde había muertos, acudían a los entierros; y donde heridos, a consolarlos, mostrando su dolor con harto sentimiento. Fuera de esto, el lunes siguiente, salió el convento en forma, con su pendón negro y hachas blancas de la Cofradía de la Misericordia, que en esta ocasión mostró serlo en el nombre y obras, luego el guión con sus acólitos, y los religiosos cantando con tono grave y voz lastimosa las letanías, hasta la Iglesia Mayor, adonde principió el novenario que hizo por los difuntos; hízose el oficio con mucha gravedad, acudió todo el pueblo, hubo sermón lleno de afectos y compasión con que los oyentes quedaron compungidos y algo consolados. De esta manera salió el convento nueve días, arreó a las parroquias que fueron señaladas siempre con procesión y cantando la letanía a ida y vuelta, cosa que causó gran devoción 236 en la república. Hubo también sermón el viernes adelante en la parroquia de San Martín, por estar allí enterrado el nobilísimo caballero Don Francisco Cotes y Ribera, espejo de caballeros. El último día del novenario, cupo ir a la parroquia de San Miguel, adonde asistió todo el Cabildo mayor de las parroquias, y el Regimiento en forma; hubo sermón, acertadísimo, como fue el que se predicó en San Martín. Sin esto se ordenó que en todos los conventos de la

Provincia, se hagan honras generales. Indicio es esto de lo que nuestra sagrada Religión ha sentido semejante desastre, y de la mucha voluntad y amor que tiene a esta Villa con quien se lamenta y lastima de tan gran estrago. Los demás conventos, fundados en caridad y compasión, han hecho sus demostraciones haciendo cada cual sus honras suntuosamente y después de todos hizo el Regimiento en forma de villa en la Colegial sus honras, con mucha cera, música y sermón, de suerte que han sido diez los sermones, que se predicaron en esta ocasión: dos en la Iglesia mayor por los Padres Agustinos, otro por el Padre predicador mayor de la Compañía de Jesús, otro por el Padre predicador general de nuestra Señora del Carmen en el hospital general, otro por el Padre prior de la misma Orden, otros dos en el insigne convento de San Andrés del glorioso Padre Santo Domingo, otro en el convento de Descalzos de San Francisco, otro en la parroquia de San Martín y otro en la de San Miguel por Padres de nuestra Orden de S. Agustín N. P. Con tales y tantos sermones, han quedado los vivos en alguna manera consolados, y con tantos sufragios y Misas los difuntos será Dios servido aliviarlos de sus penas, y juntamente los vivos con gran deseo de satisfacer a la divina justicia, y agradecer a la divina y suma bondad, el amor tan singular que les ha mostrado, pues, como a hijos queridos, los ha corregido en los cuerpos, para que se salven las almas. 237.

P. Fr. Francisco de Palacios. En este convento de Medina conocí yo allí, siendo maestro de novicios, a este Padre, ya muy viejo, y tan impedido de esta enfermedad incurable, que no podía ya servir de nada a su comunidad: y yo doy muchas gracias a Nuestro Señor me dio lugar para que por mi persona y por los novicios hermanos que tenía a mi cargo, le pudiese acudir a muchas necesidades que ya padecía. Hacíale barrer la celda, hacer la cama, aliñar y limpiársela todos los días, que era menester bien cuidarse esto; y todas las noches le dejaba en un banquillo que le ponía a la cabecera un huevo asado, su pan y jarrillo con un poco de vino, para que en despertando le comiese por su necesidad; y todas las noches al acostar era necesario el desnudarle y a las mañanas vestirle. Pues con llegar a este punto jamás que podía faltaba a las Horas, Misa conventual y otras 237 v que oía por la mañana desde el coro, a sus Vísperas, Completas y Antífona, y si había Maitines a prima noche, dispensado en la hora de media noche; siempre asistía con mucha devoción, sentado en la primera silla antes de los novicios. Fue

en este convento casi lo más de su vida portero con notable ejemplo de los de casa y fuera, y, como Medina estaba en aquellos tiempos en toda la prosperidad que se puede imaginar de riquezas y grandeza, y siempre las mujeres de él han sido halagüeñas y pegajosas, y el dicho Padre tenía muy buen rostro y colores de sí admirables (porque aun cuando yo le conocí muy viejo los tenía que era para alabar mucho a N. Señor), acaecieronle en materia ser solicitado de algunas (y, según supe, de alta calidad, que cuando entra la afición y nos deja Dios N. S. de su mano, por todo rompe), y de todas le libró N. Señor y le tuvo de su mano, y de suerte que como se entendió (que al fin todo lo descubre este Señor) otras había que por tentar y ver si era verdad que su honestidad era como se decía, lo hacían, y vieron que su virtud era maciza, y su honestidad muy grande. Con el oficio de portero, y con el conocimiento, como he dicho, que había de él, y que era caritativo para los pobres en gran manera, le acudían para que él hiciese limosnas y así daba muchas, y remediaba muchas necesidades, y las más de gente honrada y vergonzosa. Allegóse su hora, y como el santo viejo me decía: Padre Maestro, yo de maduro me tengo de morir (porque era muy sencillo en su trato, aunque buen juicio, aun en la vejez, que he dicho). Y fue así, porque teniendo una noche necesidad de alcanzar desde la cama algo, se cayó de ella y como le faltaron las fuerzas, también le faltó la voz para llamar; a la mañana, cuando entró el hermano novicio, que cuidaba de él, a ver si había menester algo, hallóle en el suelo, avisó, fuimos algunos religiosos, metimosle en la cama, llamóse 238 v al médico, mandó envolverle en una sábana caliente empapada en vino, volvió en sí; como conoció que se moría, recibió los santos Sacramentos, y dio su alma al Creador, con tanta paz como había vivido. Hago mención de este Padre y de otros que he hecho y haré, no porque hayan hecho ni grandes penitencias, ni ayunos, ni en su oración han sido arrobados, pero han vivido siempre con una regular observancia, muy temerosos de Dios, muy cumplidores de los oficios en que les ponía la obediencia, y esto con gran ejemplo y puntualidad, de todo lo cual se ha de entender que están sozando de Dios N. S. Y a este paso fue el que se sigue el P. Fr. Francisco Gutiérrez de Matapozuelos.

P. Fr. Francisco Gutiérrez. En este mismo convento conocí al P. Fr. Francisco Gutiérrez, natural de Matapozuelos. Tomó el hábito en este convento de nuestra Señora 239 de Gracia, donde estuvo toda su vida y la acabó en él. Seguía su comunidad de

día y de noche, sin faltar un punto; no estudió, era obedientísimo, y con ser ya de mucha edad, en mandándole ir a sus agostos y vendimias, con ser de tan gran trabajo y de tantas incomodidades, lo ponía en ejecución y con grande alegría, como hacía las demás obediencias, así de vestirse en el altar de oficios y de acompañar a otros religiosos, que esta virtud y prontitud se le conoció siempre; y se advirtió en este humildísimo religioso; el rato que no acudía al coro o de estas obediencias se ocupaba, así en la celda o como paseándose en el claustro un rato por la tarde, andar siempre rezando por su rosario y cuentas; en estos ejercicios le cogió la enfermedad.

P. Fr. Jerónimo Román. Hago mención del P. Fr. Jerónimo Ro- 239 v mán, porque aunque hay mucha noticia de su persona, por los muchos, grandes y provechosos escritos con que ilustró la Religión, con todo, es justo que en la Orden se haga mención de él. Fue, como él mismo dice en una protestación y sujeción de todos sus estudios a la obediencia de la Iglesia Romana, natural de la ciudad de Logroño, hijo de Martín Román y de Inés de Zamora, su legítima mujer, bautizado en la parroquia de Santiago de la misma ciudad. Tomó el hábito de nuestra Religión y profesó en San Agustín N. P. de Haro. Preguntándole yo cómo se había dado tanto a los estudios de humanidad, me dijo que un día, estando en nuestro convento de Dueñas, siendo mozo, andaba perdiendo tiempo por el claustro, y el prior le encontró, y dijo afrentándole: qué hacéis por aquí perdiendo tiempo; vos seréis un gran pecador e idiota, que si no es para 240 compañero de un portero o sacristán no tenéis traza de servir de otra cosa. Corrido de esto, se dio del todo al recogimiento y estudio, inclinándose a cosas de humanidad e historias; salió tan de veras maestro en ellas que, en su tiempo, él y el P. Fr. Juan de Pineda, de la Orden del glorioso Padre San Francisco, fueron los que más nombre han tenido muchos siglos antes, y dudo haya otros dos como ellos en buenos siglos. Y así le venían a consultar y preguntar cosas pertenecientes a historias y antigüedades de toda España, y el que más luz dio, cuando se descubrieron aquellas reliquias del Monte Santo de Granada, fue este Padre.

Por saber de esto, principalmente de la Orden, fue a Francia, a Alemania la alta, a Portugal, donde estuvo muchos años, y a Italia; todo lo anduvo y paseó, y dejó de todo ello muchos estudios y papeles como quien, después de muerto, los tuve en mi poder, para concertarlos y poner en ellos algún orden, con mandato del P. M.

Fr. Pedro Manrique Provincial, que se me entregasen. Y después, por orden y obediencia de otro Padre Provincial, los entregué a quien no hizo cosa en ellos, sino perderlos. Escribió la primera parte de la historia de los Santos de la Orden; Defensorio de ella; las Centurias desde que N. P. San Agustín nos fundó hasta su tiempo, las cuales han servido de luz a todos cuantos han escrito después acá cosas de la Orden; las Repúblicas del mundo, libro estimadísimo de todos; la vida del Infante D. Pedro de Portugal. Esto se que está impreso y sacó a luz. Los demás estudios, como fraile pobre, no pudo sacarlos a luz. Escribió un libro muy docto, a instancia del Cabildo de la santa iglesia de Santiago, en razón de la venida a España del glorioso Apóstol. Escribió Repúblicas e Historias eclesiásticas de España, libro de quien se aprovechó mucho el P. Yepes en la historia de la Orden del glorioso Patriarca San Benito, y le alaba por extremo, 241 y dice está de mano en la librería de San Benito el Real, de Valladolid. Escribió dos tomos de *Flos Sanctorum*, que yo vi y, a instancia suya, pasé por ellos los ojos, en cuyas vidas de Santos, refería otras singularidades, que no andan en los ordinarios de Villegas ni de Rivadeneyra. Escribió las tradiciones de la Iglesia contra las herejías antiguas y modernas. Escribió corrigiendo el decreto de Graciano, quitando lo que no está en uso, y añadiendo lo que se ha añadido de nuevo y está en uso. Escribió otro libro de la predicación del Santo Evangelio, que es, por quienes fue publicado en cada reino y Provincia. Escribió otro libro de los prelados que había habido en cada Iglesia de las catedrales de toda España. Otro contra los judíos. Otro tomo grande, y que yo tengo en mi poder, de sólo la vida de Cristo S. N., sin otros muchos fragmentos y pedazos que de diversas cosas dejó empezadas. El fue un hombre incan- 241 v sable en sus estudios, y en esto ocupó toda su vida, y tras esto, muy humilde como se ve en la protesta que digo hizo, y que es así: "digo que, imitando a los buenos y católicos cristianos, quise para quietud de mi conciencia y para asegurar mis libros de los juicios de los hombres de diversas opiniones, y para satisfacer a todo el mundo, cómo es mi intención buena y sana en todo cuanto he escrito hasta ahora, y en lo demás que saliere a luz; que creo y tengo todo aquello que la Santa Iglesia Católica Romana tiene y cree, confiesa y enseña; y que, en lo tocante a la fe, tengo la misma que los Santos, porque una misma es la mía que la suya, y la suya que la mía; y creo todo lo que contienen los sagrados libros que la Iglesia tiene recibidos por católicos y canó-

nicos, y los decretos de los Santos Padres Apostólicos de Roma, y los santos Concilios, y toda la doctrina de los santos Doctores, conforme la Iglesia Romana los declara y enseña; y en esta fe vivo y pienso vivir siempre, guardándome N. Señor el juicio sano y libre, como ahora lo tengo por su misericordia y gracia; y porque tengo sacadas a luz algunas obras para lo mismo". Hace mención de algunos, "de todos, dice, que de nuevo confiesa la fe católica, y si en los tales papeles hubiese cosa que ofenda las orejas católicas, no procedió de malicia, porque una misma voluntad y deseo he tenido siempre, que es de servir a Dios y al prójimo", y esto mismo quiere y dice de cuantos escritos tiene de mano, y aun de libros de otros autores, y papeles. Todo lo sujeta como he dicho tiene (1), y lo mismo del libro que hace corrigiendo el decreto de Graciano, y que si Dios le sacare de esta vida, se entienda ser éste su celo e intento, y que no ha sido otro fin el de sus estudios, sino el ensalzamiento del nombre de Cristo 242 S. N., el cual sabe bien, dice el dicho Padre, "cómo en cuanto creer yo soy igual a los mártires que por él murieron, pues yo moriría por su nombre como ellos. Esta mi protestación no la he hecho forzado, ni por miedo, ni por otros respetos humanos, más por mi devoción y consuelo, y porque aunque en otras cosas soy defectuoso, en esta parte quiero yo gloriarme, pues diciendo la verdad no puedo ser notado de necio, como dice el Apóstol, porque si es así o no, en el cielo hay quien lo juzgue. Y porque todo lo dicho es verdad, y lo que digo por la boca, lo confieso y tengo en mi alma y mi corazón, lo firme de mi nombre en el convento de Nuestra Señora de Gracia, de Medina del Campo, que es de la Orden de N. P. S. Agustín, en 17 de abril de 1575 años. Fr. Jerónimo Román". 243

Bien se ve por esta confesión cuán humilde era, y lo mismo en su trato, recogido, quien tanto escribió y estudió, no era posible sino serlo mucho. Jamás salía de casa y apenas de la celda. Era celosísimo de la observancia de la Religión, como quien había gozado de aquellos tiempos antiguos y dichosos, y como por lo que había leído, sabía de la perfección antigua que tenía la Provincia. También era muy caritativo: en cuanto podía ayudaba y daba limosnas. Con estas ocupaciones le cogió la enfermedad última, siendo ya casi de 70 años. Recibió todos sus Sacramentos, y cierto, como quien asistió a ellos y su enfermedad, con notable fe y devo-

(1) Se ve que el texto es defectuoso.

ción, y hasta el último punto en que expiró, siempre con muy bueno y entero juicio. Habíale ya el convento encomendado el alma, y a cosa de las tres de la tarde, después de Vísperas, díjome que le dijese la letanía a los Santos; entró al prin- 243 v cipio de decirla el Doctor Herrera, tomóle el pulso, vio como fue que estaba ya expirando, aunque, como digo, con su entero juicio, y díjole: "Ea, Padre Maestro, que V. P. muere, llamando en su muerte a los Santos a quienes ha procurado servir y loar en vida." Proseguí con la invocación y letanía, y antes de acabarla, dió el alma a su Creador, que espero le está gozando, y que le ayudaron los Santos a quienes él tanto procuró servir. Está enterrado en nuestra casa de Nuestra Señora de Gracia, de Medina, en la capilla de Nuestra Señora de los Remedios, al lado derecho del Evangelio de la capilla mayor, al pie de como se sube al púlpito donde se predica. *Requiescat in pace. Amen.*

P. Fr. Pedro Tello. De este santo hago mención, como bienhechor que fue mucho de este convento, pues a él se le debe ver acabado el claustro alto y bajo con la perfección que está, y que es de los 244 más alegres que hay; fuera de esto se le debe la renta que tiene el dicho convento en los lugares de Mamblas, Cervillejo y Paladinas, y algunos censos de Alaejos. Padeció muchos trabajos y enfermedades, y grandes dolores de la orina, los cuales sufrió y llevó con mucha paciencia, y con ésta acabó en el Señor, recibiendo todos los Sacramentos. Enterráronle en sepultura aparte en el claustro, enfrente de la capilla de la Resurrección, y, como a tan bienhechor, le pusieron su losa y letrero. Sucedió un prior mal contentadizo y acondicionado, y, sin más razón, se la quitó, a título si era vanidad. Como si esto no se usara en todas las Religiones, cuando no fuera sino por animar, y a esforzar a otros hagan otro tanto. *El 244 v en blanco. 245*

SAN PABLO DE LOS MONTES

P. Fr. García de la Mota. Este Padre era natural de Burgos, y muy principal y rico. Tomó el hábito y profesó en nuestro convento de la misma ciudad, y por él heredó aquella hacienda, que, aunque hoy no renta mucho por la falta de gente que hay en toda Castilla, era antes de mucho provecho y calidad, que es la hacienda de Otero, término Redondo, y, como dicen, con jurisdicción de horca y cuchillo. Fue siempre muy buen fraile, muy recogido, muy

humilde, y así tuvo por la obediencia, procuraciones diferentes, así de la hacienda como del gasto ordinario, y esto con mucho gusto y alegría y con tanta fidelidad, que a usadas si así fueran todos los procuradores de la Orden, no hiciera el P. M. Fr. Alonso de Mendoza aquella cuestión "quodlibeta": *Si procuratores stant extra statum salutis*. Fue con haber tenido estos oficios en 245 v Burgos, en Madrid y otras partes, pobrísimo; era muy callado, de poquísimas palabras, y muy sufrido, que bien lo han menester muchísimas veces para sufrir a los demás. Viéndose ya viejo y cansado, pidió le dejasen ir a retirarse a San Pablo de los Montes, donde fue y estuvo algunos años, dándose más a la vida contemplativa, aunque no le dejaban los prelados de aquel convento de que dejase de ejercitar en la activa y ejercicios de Marta, enviándole a algunos lugares a pedir limosnas, porque veían su gran ejemplo y cuán colmadas las traía, que todo era doblado provecho para el monasterio. En esto fue Dios servido de darle la última enfermedad, la cual llevó con mucha conformidad de N. Señor. Recibió todos los santos Sacramentos con mucha devoción, y dio su alma con mucha paz al que la crió. Halláronle, después de muerto, un ancho cilicio que traía siempre 246 puesto, pues aun en la última enfermedad no se le había quitado, y que en la cama que jamás consintió se la hiciesen, tenía, entre los cordeles, unos garrotes de roble muy anchos, que echarse en la cama era en un potro, y esto no se entendió ni supo hasta que le sacaron de ella para amortajarle. Requiescat in pace.

Cuando vio que se moría dijo al Padre Prior: Padre Prior, cuando me ayudaren a morir, diga a esos Padres no me den muchas voces, ni digan que crea en Dios, y tenga confianza y otras palabras de este tono, porque yo ¿en quién tengo que creer ni esperar, sino en mi Dios, en quien siempre he esperado y creído? ¿Había yo de faltar en esto en el último trance de mi vida? Nunca Dios tal permita. Y después de muerto, me dijo el dicho Padre Prior Fr. Juan de Mendoza, había quedado su rostro más hermoso que cuando vivo, y el cuerpo en la cama muy compuesto, y los brazos cruzados sobre el pecho, que causaba devoción. 246 v.

CARVAJALES

P. Fr. Miguel de Zamora. El P. Fr. Miguel de Zamora fue natural de Salamanca, y tomó el hábito en aquel convento de San

Agustín N. P. Fue desde mozo muy virtuoso religioso, muy obediente y callado. Cuando se quemó nuestro convento de Salamanca, le escogió la Provincia para que fuese a las Indias y pidiese limosna para el reparo de él. Hízolo con gran cuidado y celo y mucha fidelidad. Hiciéronle prior de Carvajales, y, viendo el definitorio cómo aquel convento no medraba, ni se podía sustentar género de observancia, quiso deshacerle; y el término que tenía de Santa Engracia, y si tenía alguna más hacienda, aplicarla al de Salamanca. El buen Padre se fue al Definitorio, y pidió, que, por amor de Dios, no se tratase de tal, que él esperaba en N. Señor que aquel convento había de ayudarle N. Señor y ser de los buenos que tuviese esta Provincia; y así vino a ser porque fue Dios servido que un día yendo a caza por 246 v aquellos montes de Carvajales el rey D. Felipe III, quiso ir a oír Misa primero; preguntó si había monasterio en aquel lugar, dijéronle que sí, fue, oyó Misa y como vio aquel santo rey tanta pobreza de casa y monasterio, volvióse a Don Antonio de Toledo, que era conde de Alba de Aliste, cuyo es Carvajales, y le dijo: *Don Antonio, ¿cómo consentís que esté tan desamparado y pobre el Santísimo Sacramento en vuestra tierra?* Palabra fue que le escarbó las entrañas, y le movió Dios a que le edificase todo y diese renta, y se cumplió lo que había dicho el P. Fr. Miguel, y así a él se debe todo el aumento y ser de aquella casa. Su vida siempre fue muy observante, y con que estuvo en las Indias, vino tan pobre como fue, sólo trajo una imagen de plata para el Santísimo Sacramento que dio a Carvajales. Llévóle N. Señor antes que pudiese ver aquella casa acabada, habiendo recibido con mucha devoción todos los sacramentos. Está enterrado en el mismo convento. 247 v

FONTIVEROS

P. Fr. Blas Díaz. No hay convento, por pequeño que sea, y adonde por su pobreza es fuerza el andar los religiosos fuera de él casi todo el año, ya predicando Advientos y Cuaresmas, luego a hacer padrones del pan, después a cogerlos, tras esto una vendimia, y esto en muchos y diferentes lugares, con lo cual ya se ve si es fuerza divertirse de su regular observancia, por fundados que estén en la virtud los religiosos que moran en tales monasterios. Uno de estos fue nuestro monasterio de Santa Catalina de Fontiveros. Pues con todo, conocí yo allí que vivió y murió un muy venerable Pa-

dre llamado Fr. Blas Díaz. Era natural de Flores de Ávila, que es legua y media de la dicha villa de Fontiveros. Tenía aún muy viejo, cuando yo le vine a conocer, muy buen juicio y asiento muy reposado, y, con todo, no quiso, cuando mozo estudiar, sino seguir su vida común; ocupóle con 248 todo eso la Religión en diferentes oficios, de procurador lo más, y en diferentes conventos, fue en Madrid, procurador general. Y el Sr. Obispo D. Fr. (Diego) de Salamanca que lo fue algunos años en Indias, viéndose ya muy viejo y cascado, y que no podía servir a N. Señor, visitando sus ovejas y administrándoles la doctrina, pidió licencia al rey Don Felipe II, de buena memoria, para venir a acabar su vida, al observantísimo convento nuestro de Burgos. Vino por Madrid; encontró allí a nuestro buen P. Fr. Blas Díaz, ejercitando su oficio de Procurador General, y como vio su virtud, su compostura y religión, le pidió encarecidísimamente le hiciese compañía, y se fuese con él, como lo hizo, hasta que Dios llevó al obispo. Como se vie- ra viejo y cansado, pidió al Padre Provincial, que era el P. M. Fray Juan de Guevara, le diese licencia para ir a Fontiveros, a acabar su vida, por ser cerca de su natural. Allí le conocí yo, ya muy viejo, pero de muy buen juicio. Ejercitábase toda 248 la mañana en confesar; levantábase muy temprano, tenía sus horas de oración; decía Misa con mucha devoción y gravedad; y los más días con muchas lágrimas; era devotísimo de las ánimas del Purgatorio, y así le rezaba por ellas el oficio entero de difuntos; muy recogido en la celda, donde se ocupaba en su oración mental; aunque más usaba de la vocal; bien pocas veces salía de ella, si no era haciendo mucho frío, paseándose en un ángulo, por entrar en calor, o a la huerta si hacía sol, y en una y otra parte siempre solo, que no quería compañía, y siempre rezando. Sentía grandemente los desconciertos comunes y particulares, y con un celo santo y cólera interior se podría ver hacía demostraciones de este sentimiento hasta crujir los dientes y cerrar los labios, pero no desplegaba su boca, sino como otro David: *vidi praevaricationes et tabescebam, etc.*, y fuera de estas ocasiones, era muy apacible y afable. Seguía con gran puntualidad 249 toda la vida común, sin faltar a nada de coro y disciplinas, y las demás obediencias. Era muy pobre, y con haber tenido muchas procuraciones en la Provincia, cuando vino a morir y llevarle N. Señor, lo más que se halló en su celda fue un *Agnus* grande, guarnecido de madera. En estos últimos ejercicios, habiendo puesto en ejecución otros más ásperos cuando

mozo, le cogió la muerte, y el santo viejo la llevó y pasó con mucha voluntad, conformando la suya viendo que eso traerá la de Dios N. S. Recibió los Santos Sacramentos con mucha devoción y ternura, y con esto dio su alma al Señor que la había criado. 249 v

S O R I A

El bendito Padre Fr. Juan Corral, mártir. ¡Oh honduras de las riquezas de Dios! ¡Cuán incomprensibles, Señor, son tus juicios, y cuán sin poderse rastrear tus caminos!, dice el Apóstol, y ¡cuán admirable es Dios en sus Santos, y por qué caminos tan secretos y, al parecer, desusados y fuera del orden de nuestra corta providencia consigue efectos maravillosos en las almas que él tiene para sí predestinadas!, como se verá en este bendito mártir. Bien conocida es Soria, antiguamente dicha Numancia, aunque esto no quieren consentir los de Zamora, en la tierra que se decía los pueblos vascos, ahora Castilla la Vieja. De esta tierra fue natural nuestro mártir el P. Fr. Juan Corral, a quien yo conocí, y hube por procurador, siendo prior en Cervera. Dióle el hábito en Soria el P. M. Fray Diego de Campo, siendo allí prior; nunca estudió, y así se ejercitó en muchos conventos en el oficio que he dicho de procurador. 250 El modo de proceder y sus sucesos fueron varios y bien diferentes de la merced que Dios le concedió. Al fin ello es como dice el Apóstol, *non est volentis, neque currentis, sed Dei miserentis*. No hay diligencias para adquirir tal premio; como padecer por Dios, todo es misericordia y beneplácito de Dios. Al fin le convino partirse para las Filipinas, siendo ya de más de cuarenta años. Embarcóse en una nave sola, que había quedado rezagada de la armada, que cada año partía de España para las Indias. Derrotóse la nave junto a las Islas Afortunadas, llamadas Canarias, y vino a caer en manos de moros corsarios de Marruecos, adonde el P. Fr. Juan estuvo algunos años cautivo; de allí escribió algunas cartas a diferentes Padres de esta Provincia, y, en particular, al P. M. Fr. Gonzalo Pacheco, entonces prior de Burgos, ahora Predicador de S. Majestad: en todas significaba el maltratamiento que le hacían los moros, como enemigos de nues- 250 v, tra santa fe. La comida que le daban era una tortilla de una semilla negra, sin otra cosa de 24 a 24 horas; el hábito era un vestido muy pobre de cautivo, de jerga blanca; la cama, el suelo; el aposento, una maz-

morra llena de cautivos, sin Dios y sin vergüenza, que se sentía más esta mala y pestífera compañía, que el mismo cautiverio. Y, como era persona de poco despejo, porque su habilidad era bien poca y su natural encogido, padecía mucho, y temíase él a sí mismo mucho más. Y así en cuantas cartas escribía, pedía con instancia que le rescatasen, porque estaba en gran peligro de perder la fe; y decía que sobre todo le apretaban mucho. Y, como he dicho, temía su corto caudal y melancólico natural; a los que le conocíamos y tuvimos noticia de estas cartas, nos dio harto cuidado y pena, que al fin era nuestro hermano y padecía como cristiano. Pero ¡oh sabiduría y poder de nuestro gran Dios!, ¡cómo tra- 251 zas las cosas para mayor honra tuya y bien nuestro!; pues por diferentes medios que se pusieron, siempre los estorbaste para que no se rescatase, sino que estuviese en su cautiverio, y se fuese labrando aquella alma, y purificándola por aquel camino de tantos y tan grandes trabajos, e irla disponiendo para mayor gloria y triunfo del martirio, que consiguió algunos años adelante, conforme se ha tenido noticia, por carta y relación que vino el año de 1628, cuya carta y relación autorizada me envió a mí el P. Fr. Juan de Herrera, desde Madrid a Madrigal, que al pie de la letra dice así:

“Con lágrimas en los ojos escribo esta carta, y con lágrimas de envidia la deben leer los reverendísimos Padres de San Agustín, de quien todos somos tan devotos, en cuya consideración me encargué favorecer muy en particular al buen P. Fr. Juan del Corral, y así se hizo siempre. Mas quiso Dios quitarnos de esos cuidados y 251^v arrebatarlo para el cielo, adonde está, según nuestra fe, pues por ella murió, confesándose delante de un rey enemigo de ella, y ofreciendo en defensa de ella su vida. Fue el caso que el rey Muley Abdemelec, que sucedió a Muley Sidan, después de ver todos sus palacios, mandó que trajesen ante sí todos los cristianos, y fueron pasando alarde uno a uno en su presencia. Cuando pasó el buen varón y mártir Fr. Juan del Corral, paróse el rey en razones con él, diciéndole cómo no se rescataba; a quien respondió que era pobre. Díjole el rey: “Pues eres pobre, has de morir aquí como perro, por eso mejor es que te vuelvas moro.” El buen varón a estas preguntas habló con ánimo al rey, y le dijo que sólo Dios era poderoso, y que viviese la fe de Cristo; y para que el rey mejor lo entendiese se lo dijo en arábigo: *Alansoro sid náisa*, que ellos llaman a Cristo *sid náisa*. A esto se levantó el rey 252 indignado, y en presencia de todos le cortó la cabeza con un golpe de su alfange.

Así acabó el buen varón Fr. Juan del Corral. Obligación tienen los reverendos Padres de la Orden de San Agustín de hacerle oficios divinos, y publicar su virtud y santidad. Y yo lo que puedo decir con lágrimas en mis ojos, es que el santo varón pasó su cautiverio con mucha paciencia, estando siempre muy recogido, sin querer tratar ni comunicar en conversaciones de los demás cautivos. Y como le veían con aquella simplicidad y recogimiento, muchos cautivos le menospreciaban, y pasó entre ellos muchos trabajos. Y cuando me dieron la primera nueva de su muerte, sólo me escribieron que había muerto por la fe, y pensé que había sucedido, como en secreto confesaba algunos Eldes, y que por eso el rey le había mandado matar. Pero después se nos dio la nueva cierta a Filiberto y a mí, que es como le aviso. Dios por su miseri- 252 * cordia, Señor Alonso de Herrera, me libre de la furia de un rey moro, con quien, como V. M. sabe, estoy por horas aguardando ir a besarle las manos. Ruego a los Padres todos encomienden a Dios mis viajes y negocios con este rey, para remedio de los pobres cautivos, y a todos nos dé Dios una hora sola en que nos salvemos. Guarde Dios a V. M. De Mazagan, 22 de mayo de 1628. Francisco Roque."

Este es un traslado bien y fielmente sacado, y corregido, y concertado por el bachiller Fernán Martín Robles, presbítero, notario mayor de esta ciudad y obispado de Cádiz, de una carta original que para este efecto escribió el Señor Alonso de Herrera Torres, vecino de esta ciudad de Cádiz, de pedimento de S. Paternidad el M. Fr. Francisco Zermiñán (¿Terminián?), prior del convento del Señor San Agustín de esta ciudad. Di éste en Cádiz en 10 días de julio 253 de 1628 años. En testimonio de verdad. Fernán Martín Robles, notario.

SARRIA

P. Fr. Domingo Serrano. A este venerable Padre, que, cuando su vida no fuera tal y por ella mereciera este apellido, la compostura y gravedad de su persona, las canas tan venerables merecían cualquier honra, a este venerable Padre le conocí yo muy bien, siendo siempre Subprior en Salamanca, cinco años que allí estuve, y me precio, y estimo por particular favor de N. Señor haberle alcanzado y conocido, y ser su súbdito, y de los que él más quiso, aunque hubo tiempo que éramos cuarenta hermanos. Fue, pues, natural este santo Padre de Vadillo, de la tierra y jurisdicción de Avila, media

legua del monasterio nuestro de 253 v Nuestra Señora del Risco, de la gente más honrada de él, y así tuvo, y yo conocí, a un sobrino suyo en el Colegio viejo de San Bartolomé. Fue raro ejemplo de observancia, y todo el tiempo que vivió, sin exageración se puede decir, que fue un Elías en el celo con que volvía por la honra del Señor y por la observancia de la vida religiosa. Oponíase con este celo con grande esfuerzo contra los frailes que veía desmandados, aunque fuesen de los más graves y autorizados y catedráticos en la universidad, y era esto de suerte que en tañendo a silencio, si estaban en la celda de cualquiera Maestro algunos religiosos, al punto los hacía salir, y que se fuesen a recoger; y a la tercera vez les daba la pena de nuestras Constituciones. El ver pasear a dos religiosos juntos en el claustro alto o bajo, al punto los reprendía, y no era suficiente razón el decir pasaban 254 la lección o argüían tal punto de las materias que les leían. Su cuidado era corregir e industrial a los religiosos mozos, cómo habían de guardar sus observancias, y las demás ceremonias de la Religión. No parece sino que le tenía el Señor como a otro Ezequiel por columna de hierro y muro de diamante, para sufrir y para defensa de la religiosa perfección; porque cierto en este particular fue hombre infatigable, perpetuo asistente del coro, de día y de noche, sin remitir de este rigor sólo un día, por muchas y grandes ocupaciones que se le ofrecían, tanto que el día que le sangraban, iba a él, y la noche antes que le purgasen, iba a Maitines de media noche, donde se estaba y quedaba en el coro hasta que se acababa el oficio de Nuestra Señora, y la disciplina de los novicios y hermanos; y media hora después, que venían a ser las tres de la mañana, entonces salía, daba una vuelta 254 v a los dormitorios y casa, a ver si estaban todos los religiosos recogidos y en su celda cada uno. Su cama era la que manda nuestra Constitución; su comida era que de la pitanza a comer dejaba la mitad, y a la noche toda, para unos sobrinos que estaban allí estudiando, y así no comía sino la escudilla de caldo. Para haberle de hacer que se quitase las túnicas de estameña o que no se levantase a Maitines estando muy enfermo, era necesario que el prior se lo mandase; y decía el santo Padre, cierto que se me hace agravio, porque un día que deje de traer túnica o levantarme a Maitines, lo siento después a volver a ello, como si nunca lo hubiera usado. Decía Misa con mucha devoción y gravedad, la cual guardó siempre en su trato y conversación, acompañada con mucha modestia y verdad. Esmeróse en tener paciencia sobre lo que 255 se

puede decir, como lo experimentamos los que le vimos, y así fue muy dueño de sí mismo y de sus acciones, tan compasadas. Porque oyó muchas libertades de gente moza, indignas de su persona, por amonestarles lo que les convenía; y con todo nadie jamás le vio alterado, ni con tal enojo que le pudiesen tachar pena que por él ejecutase. Siendo, pues, un tan raro ejemplo de Religión, virtud y observancia, le enviaron el año de 1598 por prior a Sarriá, en Galicia. Resistió todo lo posible por no ser prior, pero el Padre Provincial le obligó por virtud de santa obediencia lo aceptase. Hubo aquel año en todo lo más de España pestilencia, y en particular en Galicia; dióle al siervo de Dios una landre, ejercitando su caridad curando a otros de ellas, y, como le dio en la sangre y el santo varón, de quien se tiene por cierto que murió virgen, era tan honesto y recatado, no lo descu- 255 ▾ brió, hasta que ya apretado de la extrema necesidad, lo vino a decir, cuando no tenía remedio. Y así vino a morir en aquel convento, habiendo recibido los Santos Sacramentos con extremada devoción y ternura y muchas muestras de pena de no haber servido mucho más a N. Señor. Yo espero en la bondad de N. Señor, que quien vivió y sufrió y padeció tanto que fue llamado a ser premiado de la liberal mano de N. S. Dios. Prenda de esto podemos tener, pues, al cabo de 18 años, abrieron la sepultura de este siervo de Dios, y hallaron su cuerpo incorrupto, fresco (con morir apestado), como si le acabaran de enterrar. De esta manera se conserva allí su memoria, como prenda gloriosa de que es uno de aquellos cuyo nombre está escrito en el libro de la vida eterna. 256.

NUESTRA SEÑORA DEL RISCO

P. Fr. Fabián de Andanzas y P. Fr. Francisco de la Parra, Provincial. Tiene la Religión un monasterio en el obispado de Avila, siete leguas de la ciudad, en una tierra y risco, que por esto se llama Nuestra Señora del Risco, porque está en él una imagen de esta Santísima Señora con su Santísimo Hijo muerto en el regazo. Ella es una de las más devotas, a mi ver, que hay en España, pues el rostro, tras ser hermosísimo, grave y apacible, está doloroso y tristísimo, que pone mucha devoción en cualquiera que lo mira. Hallóse esta santa imagen en el hueco de un peñasco, todo de una piedra, tan alto que para subir a él hay más de dieciséis gradas, ancho que

hace una capilla en medio, con dos puertas bien estrechas y angostas, de suerte que, por pequeña que sea una persona, ha menester agacharse para entrar. Quién llevó a este lugar, 256 v quién hizo esta santísima Imagen, qué antigüedad tiene, no se sabe, ni se ha podido entender. Ella está de suerte que no parece sino que se hizo en nuestro siglo y en nuestros días, según es de hermosa, y está bien tratada; y el cuerpo de Cristo S. N. de la misma manera, muy grave y muy mortal, el cual tiene la Virgen en su regazo, la cabeza sobre la mano izquierda. Los vecinos de aquella tierra por particulares señales que vieron, toparon con esta santa imagen, labraronla una muy bonita Iglesia de sillería, y, teniendo noticia de ella el M. R. Fr. Francisco de la Parra, santo varón y Provincial que fue de esta Provincia, negoció con el obispo y con la tierra, le diesen aquella santa imagen e Iglesia. Diéronselas, y, acabando su oficio de Provincial, se fue a recoger y acabar allí su vida, en una ermita que yo, estando allí a ver esta santa imagen, vi aún las paredes de ella arrimadas 257 al peñasco, donde se halló la santa imagen, y a las espaldas de la capilla mayor, donde está hoy colocada. Vivió allí y murió con grande opinión de santidad, de que hay tradición mucha en aquella tierra. En este mismo monasterio hay todavía una memoria constante y firme, que vivió y murió en él (de que a mí me dió aún noticia la panadera, que era de aquel convento, vecina de Vadillo de la Sierra, que su madre se lo había contado, que también había sido panadera del dicho convento).

Así que en este convento vivió y murió el P. Fr. Fabián de Andanzas. Está allí sepultado, en particular sepultura, junto al altar mayor, al lado del Evangelio. Su vida fue, como la de aquellos nuestros primeros Padres progenitores, eremítica, solitaria, dando y empleándose todo en Dios; junto con ser muy áspera y penitente, que para serlo harto basta vivir en tal sitio, por ser de los más fríos y 257 v continuos aires de España. Entre las demás cosas que en particular (porque en común no saben más de su retiro, penitencia, ayunos) que de este bendito varón la antigua tradición, como he dicho, conserva es que habiendo caído malo de la penosa y muy larga enfermedad, en lo cual mostró muy bien su paciencia y sufrimiento, pues en aquella soledad y risco, claro está había de tener un muy grande desamparo de todo regalo humano, y aun de lo forzoso para pasar la vida, pues aun en estos días y tiempos se han visto por las muchas nieves cercados de grandes necesidades. En esta enfermedad, y en tanta necesidad, se afirmaba más la virtud

de este santo varón; vínose a terminar la enfermedad en otra penosísima y asquerosa sobre manera, y fue cubrirse de piojos, y en tanta cantidad, que no había remedio humano para librarse de ellos. Había 258 el poderoso Señor nuestra hasta entonces, estando como a la mira, dejado a las diligencias humanas los medios de la salud del enfermo, pero cuando vio que era llegada la ocasión, pues aquellas diligencias no valían, usó de sus misericordias y maravillas, compadeciéndose de su fiel siervo; y envió una multitud de hormigas que subiendo a la cama y llegando al debilitado cuerpo, cada una de ellas cogía con su boquilla su piojo, y caminaba con él al campo. Esto lo vieron los religiosos de aquel convento, y, como he dicho, la madre de la panadera, que a mí me lo contó el año 1620, natural de Vadillo de la Sierra. Y dentro de breve tiempo quedó libre el bendito Padre de aquellos animalejos que le inquietaban y consumían, dando gracias al Señor por tan singular beneficio. Y ha querido la divina Majestad que la memoria de es- 258 † te milagro se conserve para que conozcamos los tesoros de su inmensa bondad, y nos animemos a servirle muy de veras, fiados en que no faltará su divino socorro, que, como el divino Maestro dice: tratemos principalmente de buscar el reino de Dios y su justicia, que lo demás por su cuenta corre, y el acudir a nuestro reparo y remedio. 259.

VALENCIA

P. Fr. Melchor Aracil. Aunque este venerable y bendito Padre no fue de esta Provincia, sino de la de Aragón, su virtud y santidad da ocasión a que se haga mención de él. Fue natural de la Villa de Jijona, en el reino de Valencia. Lo más de su vida fue clérigo presbítero. Desde muy mozo dio muestras de su virtud, y de lo que había de ser después. Grandes son las ocasiones que hay en el siglo para divertir del servicio de Dios N. S., y, considerando esto el venerable Mosén Aracil, aunque estaba en el siglo, deseando evitar ocasiones, vivía, como si fuera religioso, retirado. En su casa no tenía persona que le sirviese ni le acompañase, todo el día se estaba en ella encerrado, y buscaba en ella la soledad, donde se halla Dios; dejaba el bullicio del mundo, donde los muy perfectos suelen perderle; la comida, que siempre era muy poca, se la ade- 259 † rezaban en casa de un hermano suyo, y a hora señalada se la enviaban con un muchacho, y en recibéndola le despedía, y cerraba su

puerta, que siempre estaba así, que aun para comer no quería testigos, por no tener testigos de su abstinencia, y tener menos enemigos que le hiciesen guerra con la vanidad. Hacía grande penitencia, castigando su cuerpo y sujetándole a la razón y espíritu, como dice San Pablo; usaba de muchas y rigurosas disciplinas y cilicios, y una grande y áspera cadena que traía ceñida a su cuerpo, a raíz de las carnes; sus pláticas eran todas de edificación, y hacía muchas pláticas a la gente vecina, para moverla a servir mucho a N. Señor, y encaminándola al camino de la virtud. Algunas veces reprendíales con aspereza y rigor, movido del celo de la honra de Dios, viendo y oyendo algunas demasías, por lo cual vino a ser aborrecido. Con el gran recogimiento 260 que tenía, tuvo lugar de componer un libro de las alabanzas de Nuestra Señora la Virgen María, de quien era muy devoto. Salió el libro a luz, imprimiéndole, y luego los envidiosos y maldicientes, como le querían mal, hallaron que calumniar algunas cosas de él, y sin más reparos, acusaron al autor en el Tribunal de la Santa Inquisición. Prendieronle, no sin notable sentimiento de sus parientes y espanto de todos los que bien sentían y le conocían cuán virtuoso era. Ya se ve, y puede imaginarse qué de cosas diría el mundo del buen P. Fr. Melchor, cuánto procuraría desacreditar la virtud y qué poco, diría, que hay que fiar de estos que se hacen santos, y a este propósito hartas cosas con que desacreditar la virtud del buen Mosén Aracil. Pero como aquel Santo Tribunal es tan recto y se deslidan en él todas las cosas con tanto acuerdo y sabiduría, conoció la malicia de los malignantes y la sinceridad y santidad del que calumniaban. Demás que la 260^a Virgen Santísima al que padecía por su ocasión y por haberla engrandecido, no le desamparó. Afirmó un Padre Capuchino en un escrito que dio de su mano en el proceso que se va haciendo de la vida de este santo Padre, que se le apareció la Virgen Santísima estando en la cárcel de la Santa Inquisición, y le consoló, y de suerte que le hizo una señaladísima merced, que fue confirmarle en el don de la virginidad, cosa que él deseaba grandísimamente; y que esto y otras muchas cosas de gran virtud y santidad, dijo este Padre Capuchino, porque las supo, por haberle confesado muchos años. Salió libre de aquella cárcel, y con mucha honra, triunfando la verdad de la calumnia y falsedad.

Prosiguió en el camino de la virtud, y teniendo particular espíritu del cielo, trató de entrarse en alguna Religión, porque decía, muy de ordinario que el cielo estaba lleno de religiosos y el infierno

de los que había en el siglo, y así persua- 261 día a todos que lo podía hacer, que dejasen el camino ancho del mundo, y entrasen en el angosto de la Religión. Teniendo, pues, voluntad de ser religioso, aficionóse a la Orden de N. P. S. Agustín, pero religiosos de otra Religión que habían conocido su virtud, y ahora su determinación, le persuadían se entrase en la suya, deseosos de tener tan santo varón en la suya, cuyas virtudes bastaban a ilustrar las más perfectas. Estando él en esto dudoso, se fue a Valencia, al monasterio de Predicadores, en el cual vivía a la sazón el P. Fr. Domingo Anadón, con gran fama de santidad. Confesóse con él, y diciéndole que quería ser religioso, sin darle parte de su duda ni de su voluntad acerca de el escoger Religión, le dijo el bendito Padre: "Muy bien me parece su propósito, entre en la Orden del glorioso Padre San Agustín, que Dios le tiene guardado para ella." Echó de ver el buen Mosén Aracil que aquélla era la voluntad del Señor, y, sin detenerse más, recibió el hábito en el convento de San Agustín 261 N. P. de aquella ciudad de Valencia, el cual es muy grande y suntuoso convento, donde se guarda con gran puntualidad la Religión, observancia y perfección de la vida cristiana. Porque hay en él grandes religiosos en virtud y letras, que ilustran mucho aquel reino, y ennoblecen aquella famosa ciudad. Sólo diez meses le duró la vida en la Religión, llevándosele para sí el Señor con una enfermedad que le envió. Hizo profesión solemne en manos del prelado, recibió los Santos Sacramentos con mucha devoción, y dio el alma a su Creador, con manifiestas prendas de la gloria que goza.

En los pocos meses que fue religioso se conoció en él una grandísima virtud, o por mejor decir, una suma de todas las virtudes, de humildad, penitencia, obediencia, soledad y retiro de todas las cosas, y, en particular, una grandísima devoción al Santísimo Sacramento. Y le notaron que siempre que decía Misa, 262 en habiendo dicho las palabras de la consagración, se volvía su rostro muy apacible, y con una alegría devotísima, que daba que notar a los que le ayudaban a Misa. Grandes efectos causa el Señor en las almas que bien quiere, y es cierto que la alegría nace de la dilatación del corazón, y esta dilatación de la benevolencia y amor; y, por tanto, el encendido amor que causaba esta alegría en su corazón con la presencia sacramental en el corazón de este bendito Padre, era la causa de tanta alegría y regocijo espiritual, que le salía por de fuera, con señales exteriores del rostro. Doce años ha estado la memoria de este siervo de Dios sepultada santamente con su cuerpo, hasta

fin del año 1610, que siendo prior en aquel convento de S. Agustín N. P. el P. M. Fr. Sebastián García, a quien yo conocí muy bien en Salamanca, donde estudió la teología y fue Lector de Artes, y en Valencia fue catedrático de Prima de Teología, habiendo tenido 262 v relación de cómo un religioso había sanado a un enfermo poniéndole el cilicio que solía traer el bendito P. Fr. Melchor, y afirmando el enfermo que le había visto entrar en el aposento y dádole la salud que gozaba, se determinó el dicho Padre prior abrir la sepultura del siervo de Dios. Hallaron su cuerpo entero, sin ningún mal olor o corrupción; y el Señor Poderoso que quiere honrar las cenizas y huesos de sus siervos para que nosotros nos animemos a servirle, ordenó que uno de los religiosos, que se hallaron presentes, le cortase un dedo de la mano, y se lo llevase escondidamente a su celda. Era esto de noche; púsole encima de la mesa; acostóse; y a la mañana fue a ver su dedo, y pareciéndole que estaba con alguna tierra, le comenzó a limpiar. ¡Cosa maravillosa! que luego comenzó a salir sangre del dedo, con tanta copia, que no fue bastante un pañuelo a enjuagarle. Pasmado el religioso del portento fue- 263 lo a decir al dicho Padre prior, el cual vista la maravilla dio noticia del caso al reverendísimo Patriarca de Antioquía, Arzobispo D. Juan de Ribera, el cual, como prudente, estuvo al principio incrédulo, por no ser contado por uno de aquellos de quien dice Salomón, que es liviano de corazón el que con facilidad cree. Fue menester traerle el dedo para que él le viese, y, habiéndole visto, y conocida la maravilla, no supo qué responder, sino que, levantando los ojos al cielo, dijo: *Nos insensati vitam illorum aestimabamus insaniam, et finem illorum sine honore, etc.* Necios nosotros que pensábamos que la vida de éstos era locura, y su fin sin honra, y ahora los vemos contados entre los hijos de Dios, y tienen su suerte entre los Santos. Pero más mucho es lo que aquel Padre Maestro de maestros, y en todas materias doctísimo Fr. Basilio Ponce de León, tantas veces catedrático, y últimamente de la de Prima en Salamanca, el cual en 263 v el sermón que predicó en la fiesta de Santa Clara de Monte Falco, el año 1625, impreso en la misma ciudad, en casa de Antonio Ramírez, tratando de los hijos de N. P. S. Agustín, cómo los ha señalado Crsito S. N. llagándolos hasta en lo exterior en el corazón, como aquel santo Hugolino de Mantua, que después de 70 años que estuvo enterrado, trasladándole a mejor lugar, le hallaron cuerpo y hábito entero, y en el pecho hallado una llaga abierta y con sangre fresca y una azucena

de carne, en argumento de su virginal pureza. A Querubino de Avelania, también hijo de nuestra santa Religión, también le hallaron al tiempo de morir llaga en el costado, que había encubierto por todo el discurso de su vida. Viene a tratar del santo Fr. Melchor y dice: "En nuestros tiempos en Valencia a un santo religioso nuestro, Fr. Melchor de Aracil, al tiempo de componerle, después de muerto, le vieron en el costado una llaga, despidiendo sangre fresca, la cual en vida le hizo un Querubín con un dardo, y en cuanto vivió la encubrió con un áspero cilicio, como está averiguado en los procesos que se hicieron de su vida. Con estas maravillas y obras que cada día va N. Señor haciendo y descubriendo de este siervo suyo, está ya su cuerpo puesto con mucha decencia en lugar público, a un lado de la reja de la capilla mayor de la Iglesia de San Agustín N. P. Pintanle con el rostro muy alegre, y rodeado de flores con aquella letra de los cantares: *fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo*: cercad, y rodeadme con flores, fortalecedme con frutos, porque desfallezco de amor puro de mi amado, haciendo alusión a la alegría que mostraba cuando decía Misa, y al amor grande de Dios con que entonces se dilataba el corazón. Hácese ya auténtica averiguación de su vida y milagros. Plega a Dios N. S. que para consuelo de todos y honra de nuestra Religión, salga presto a luz. Que todo sea para mayor gloria de Dios N. S. y confusión de los herejes. 265

MEMORIAL DE ALGUNAS COSAS Y PERSONAS, ASI COMO RELIGIOSOS
 PROFESOS Y RELIGIOSAS COMO DE BEATAS, TAMBIEN PROFESAS
 DE NUESTRA ORDEN, EN PARTICULAR DE ESTA PROVINCIA
 DE CASTILLA DE LOS RECOLETOS (1)

Ana de la Peña. En Medina conocí yo una mujer viuda que se llamaba Ana de la Peña, gran sierva de Dios, mujer de gran caridad y profunda humildad, mucha oración y una compostura exterior muy grave, y juntamente apacible. Al cabo de su vida tomó el hábito de nuestras beatas, y profesó en nuestro monasterio de Nuestra Señora de Gracia, de Medina. Allegó a estado que con licencia

(1) El presente memorial está sacado del libro manuscrito, cuyo paradero desconocemos, del P. Eusebio Herrera (Vd. *Ensayo*, III, 577, y *ArA*, 56, 54-55), que era sobrino, por parte de la madre de los tres Padres Herrera (*Ensayo*, III, 592). Al seguir el P. Quijano a Fr. Eusebio se olvidó en alguna ocasión de usar la tercera persona en lugar de la primera

de sus confesores (que tuvo algunos muy grandes siervos de Dios, como el canónigo Ceferino del Puerto, y D. Francisco Medina Perú, Prior de la Iglesia Catedral, y su mismo hijo Fr. Eusebio de Herrera, hombre docto, y muy religioso) comulgase todos los días. Entre otras cosas, se dicen de ella, que yendo un día a la Iglesia, llegó un pobre a pedirle limosna, acordóse que tenía un cuarto, y no tenía otra blanca, ni le quedaba en casa para comprar aquel día de comer, porque aunque se había visto en alguna prosperidad, y gozado de la que en un tiempo tuvo en Medina, había llegado a tal que aun para el ordinario sustento la faltaba. Vínola en pensamiento de dar el cuarto al pobre, estuvo consigo misma dudando y batallando, que lo había menester, si lo daría o no, y fiando de Dios N. S. se lo dio, y de muy buena gana, y el pobre se fue muy consolado. Ella se entró en la Iglesia, cumplió con su devoción y volvióse a su casa, y, al tiempo de entrar en ello, encontró con un hombre que la traía 80 reales de cierta persona que se los enviaba. Volvióse a Dios, y empieza a darle mil gracias que tan presto la pagaba aquella pequeña limosna que la había dado, pues si se mira bien por cada blanca le había dado diez reales. Para que se vea cómo en esta vida da el Señor ciento por uno a los que por su amor socorren a los pobres.

Cuenta de esta sierva de Dios su mismo hijo el P. Fr. Eusebio de Herrera, que viniendo él mismo un día con un tío suyo desde Alcalá a verla, llegó a Ataquines cuando se ponía el sol; parecióle a este Padre que prosiguiesen el camino hasta llegar a Medina, que eran tres leguas; contradecíalo el tío diciendo sería muy tarde, y que estarían todos recogidos y sin provisión. Perseveró el dicho Padre y así llegaron a Medina a las diez de la noche, que por ser invierno era tarde, hallando las puertas de la casa abiertas, y la gente despierta y apercebida, que les salieron a recibir, hasta la mesa y camas aliñadas. A la mañana fue a ver a este Padre una sierva de Dios que se llamaba Juana Bautista, y preguntóle muy de propósito, si había hallado buen aparejo cuando vino. Respondióla que sí, y que todo estaba apercebido. En verdad, replicó ella, Padre, no es mucho eso, pues tal aviso tuvo. Ha de saber que ayer a las cinco de la tarde, estaba la Madre Ana en oración en la Iglesia de nuestras Recoletas, y muy de cerca del altar del Santísimo; tenía el semblante muy alegre; y mirándola yo y otras compañeras; y en esto entró nuestro confesor, el prior de la Iglesia Mayor D. Francisco Medina Perú, dijéronle: Señor, atienda V. M. y mire a la Madre

Ana que regocijada está. Allegóse a ella, y preguntóla de qué estaba tan alegre. Respondió ella: Señor, no sé yo que tenga el semblante alegre. No le pregunto eso, dijo el dicho prior, sino la causa de su alegría, y mire que la mando en obediencia me lo diga. Al punto obedeció, y dijo: Señor, mi alegría es 270 porque tengo aquí junto el ángel de mi guarda, muy resplandeciente y contento, que ordinariamente me hace muchos favores, y me dice cómo mi hijo Fr. Eusebio, y mi hermano Fr. Diego vienen y estarán aquí esta noche con el favor del Señor. El confesor, como cuerdo, hizo que lo echaba por alto, y díjola que debía de soñar lo que quería, pero con todo aperciba lo necesario, que no se perderá nada en ello. Fuese a su casa, y tuvo el apercibimiento dicho. Y aunque la gente de casa la decían que ya era muy tarde, que no tenían que esperar, pero ella se estaba en oración esperándolos por la certeza que tenía de lo que sucedió.

Muchas veces recibió avisos y favores del Angel de su guarda, de la Virgen Santísima y del glorioso Padre Santo Domingo, de quien era muy devota. Su modo de vivir, aunque brevemente, era: a las tres de la mañana se levantaba a la oración mental hasta las seis; daba una vu- 270^v elta a su casa, porque fue mujer prudente y de mucho gobierno; luego se iba a la Iglesia, confesaba y comulgaba cada día, daba gracias a Dios, y veníase a casa cerca de las doce; comía con mucha templanza, y después se ponía a dar gracias a Nuestro Señor hasta las dos; luego se ponía a su labor, que ordinariamente era costura, hasta las cinco, que la hizo Dios aquella merced prometida por David que comiese por sus manos. En dando las cinco hacía cerrar la casa, y ella y todos se ponían en oración hasta las ocho de la noche, y había tan gran devoción en su casa y tan gran silencio, que ponía admiración y devoción; de suerte que, un día con otro, tenía de oración diez horas, sin las que gastaba en confesar y comulgar. Después de la oración de la noche tenía con todas las de casa disciplina tres días a la semana. Poníase luego a velar hasta las doce de la noche; si era día de fiesta 271 leían un libro de devoción o vidas de Santos, y recogíanse más temprano: los ayunos eran muchos, cada semana: miércoles, viernes y sábados, y en los viernes no había de probar cosa dulce. Hacía el ejercicio de la cruz muy de ordinario, estando en ella algunas horas; traía cilicios de diferentes maneras; no vestía lienzo sino una túnica de estameña. Su gusto era tratar de Dios, oír Misas, Sermones; ganar jubileos; retirarse de las gentes y vivir con perfección. Su contemplación

vino a ser altísima, principalmente en el misterio de la Santísima Trinidad, con éxtasis y unión tan íntima, que solía andar toda transportada, de que se le seguían unos incendios de amor ardentísimos y un deseo de verse con su Dios y salir de esta vida, tan intenso que viendo se la dilataba, se volvía en lágrimas. 271 v

Fr. Agustín, Recoleta. En el reino de Navarra hay un pequeño lugar llamado Riero, (*Fitero?*), de donde fue natural un religioso de N. P. S. Agustín. Llamábase Fr. Agustín, con el cual conversó muchos años el P. Fr. Eusebio de Herrera, Lector de Teología que es el que hizo memoria de este beato religioso. Dice que vio en él muy grandes virtudes, y semejantes a las de aquellos antiguos ermitaños de los desiertos de Egipto y Tebaida. Era muy aficionado a la vida solitario, sentía mucho el tratar con los hombres: que no hay duda sino que los que desean conversar en los cielos como San Pablo, huyen el trato y conversación de las gentes, como cosa que tanto impide al alma el volar a su Dios. Algunas veces era forzoso ir a acompañar a algún predicador a algún lugar fuera de donde estaba el monasterio, y él se escabullía como podía de la conversación, y se iba a la 272 Iglesia, donde era cierto hallarle en algún rincón de ella, tratando a solas con su Dios. Su penitencia era extraña: no traía más que el hábito de sayal, y debajo una túnica vieja desechada, que siempre la procuraba tal que a nadie aprovechase, hasta que del todo se hacía andrajos. Nunca se desnudaba, dormía encima de una tabla o de unos manojos, y las más veces sobre un arca donde apenas cabía ni podía extenderse; tomaba disciplinas desapropiadas con unas de hierro labradas con unos garfios, para mayor tormento; traía muchas veces una cadena de hierro, a raíz de las carnes, con que se ceñía; sus vigiliás eran grandísimas; a cualquier hora que uno le hubiese menester, le hallaba despierto, y de ordinario en el coro, orando hasta la media noche. Y como las virtudes son aquel tesoro escondido en el campo, tuvo gran cuidado de esconderlas, y las penitencias que hacía; y, si acaso alguna 272 v vez se venían a entender, se afligía de manera que apenas podía consolarse. Entre todas florecía la virtud de la abstinencia; dentro y fuera del monasterio, guardaba los ayunos de la Orden, que vienen a ser en la Recolectión casi nueve meses al año. Siendo procurador en el convento, jamás se le vio que probase cosa; su ordinario comer era pan y agua y vinagre; pitanza por maravilla la comía, y por esto se excusaba de entrar en refectorio. Su última Cuaresma la ayunó toda a pan y agua, hasta el Jueves Santo, y desde este día hasta el Domin-

go de la Resurrección, estuvo sin comer bocado ni beber gota de agua; y venido el Domingo confesó y comulgó con mucha devoción, y, a persuasión del dicho P. Fr. Eusebio, se desayunó, porque le certificó el dicho P. Fr. Agustín que no tenía hambre, ni la sentía más que un poco de desvanecimiento. Murió en el Señor como vivió. 273.

Fr. Roque, Recolecto. En Salamanca nació un religioso, que lo fue de la Recolectión. Llamóse Fr. Roque, fue muy dado a la oración, y, ocupado de día en los oficios de la comunidad, de noche se desocupaba para irse al coro, y estarse allí a solas y en quietud de tiempo y de espíritu con su Dios, adonde pasaba la mayor parte de ella, no dejando por esto de acudir a la oración mental que en la Recolectión se tiene por la mañana y tarde. Tomaba asperísimas disciplinas de hierro labradas con unos garfios que le arrancaban la carne; ya se ve qué dolor sería. Era muy abstinente: ayunaba muchos días a pan y agua; su cama era una tabla o unos manojos; traía ásperos cilicios, armas singulares contra éste nuestro adversario y común enemigo. Puntualísimo en las observancias de las constituciones, dentro y fuera de casa, guardó siempre con puntualidad 273 y los ayunos de la Orden, y de suerte que el mayor tormento que le podían dar era, a título de caridad, que quebrantase alguno; no obligan en la Recolectión, como en la Observancia, a culpa, sino a la pena que el prelado señalare. Pero con todo es señal de mucho perfección guardar tantos ayunos, especialmente a los que andan caminos fuera del convento. Prelados hubo que por castigar a este religioso, aunque no tenían qué castigar, pero para mortificarle, era con decirle que le había de hacer comer carne los miércoles u otro día de ayuno de la Orden. Era devotísimo del Santísimo Sacramento del altar, y así comulgaba muchas veces con muestra de un grande espíritu y devoción. Celosísimo de la observancia de la Recolectión, y el P. Fr. Eusebio de Herrera que le trató, dice que le vio verter muchas veces lágrimas, viendo algunas queiebras en ella. Pero entre estas 274 y otras virtudes que resplandecían en él, lo que más campeaba era la mansedumbre de corazón, acompañada con un increíble silencio. Bienaventurados los mansos de corazón, dice Cristo S. N., porque poseerán la tierra y alcanzarán el cielo. Uno de éstos fue este devoto religioso; jamás le vio nadie enojado, ni alterarse, ni levantar la voz, aunque algunos curiosos, más de lo que es menester, de intento le procuraron enojar, sino con una boca de risa y mansedumbre lo pasaba y sufría todo. Y en razón y prueba de

esto le sucedió un caso extraño. Cerca de anochecer salió de Salamanca para un lugar distante dos leguas a pedir limosna para el sustento de los religiosos. A la salida se le hizo encontradiza una mujer desenvuelta (de muchas que hay en Salamanca ordinariamente); muy afectada y con palabras halagüeñas, le preguntó dónde iba ya tan tarde; díjola que a pedir limosna a un lugar; replicó ella, ya hoy no puede llegar, 274 v vengase conmigo esta noche a mi casa, que está aquí cerca, y como ve hace mucho frío, y a la mañana podrá madrugar e irse. El religioso y buen Padre Fr. Roque picaba su jumento; ella a detenerle y convidarle con cena y cama, y a apuntarle con desenvoltura lo que tales mujeres perdidas suelen ofrecer para enlazar las almas. Pero el buen siervo de Dios no se dio por entendido ni se quiso detener, sino dando y picando a su jumento, la dejó con la mayor prisa que pudo. Contaba, al cabo de muchos días, este caso al P. Fr. Eusebio, y díjole, porque no la daba con el palo que llevaba en la mano, y la respondía conforme a su desenvoltura. Y respondióle con gran mansedumbre: Yo ¿para qué le había de dar?, ya la respondí que no tenía licencia para hacer lo que me porfiaba; ¿qué más la había yo de decir? porque mi jumento, aunque ella no quiso, pasó adelante. Y esto decía con tanta paz que se echaba de ver cómo no había podido el demonio inquietar ni turbarle 275 el interior reposo. Alabado sea el Señor que tales virtudes conserva en sus siervos.

Fr. Alonso de la Anunciación, Recoleta. Fue este Padre natural de la Villa de Ampudia, que es en Campos. Religioso verdadero y verdadero Recoleta. Resplandeció en este bendito Padre el espíritu y celo de servir a Dios tan fervoroso que encendía a los más muertos en él, y a las almas más distraídas y relajadas, y esto sólo con mirarle. Era muy compuesto y callado; el rostro alegre y risueño, pero con gran modestia. Su penitencia fue muy grande; de los continuos ayunos y abstinencias, andaba descolorido y macilento; nunca se acostaba; su dormir ni era bien dormir ni bien estar: sentábase en la tarima de su celda, y tomaba el Rosario, y comenzaba a rezar hasta que sus cansados ojos de velar se cerraban, pero con el trabajo del cuerpo, que lo tenía como he dicho, despertaba a menudo, y volvía a rezar, de manera 275 v que nunca dormía a sueño suelto, sino que estaba como si le dieran tormento de sueño. Jamás faltó a Maitines, y siguió el coro sin faltar en él un punto. En la oración era muy fervoroso y devoto, y daba unos suspiros sacados de lo íntimo de su corazón, y tan profundamente que daba muestras del

mucho espíritu que Dios le comunicaba. En todas sus pláticas mostraba este espíritu, y un amor de Dios encendido. Gobernó el tiempo que fue prelado en algunos conventos con gran celo; decía palabras llenas de encendido amor de Dios a los religiosos y castigaba las culpas con gran rigor y con tal discreción que jamás ningún religioso, aunque saliese muy castigado, se exasperó, porque conocían el celo de donde nacía, y querían más, como David, ser corregidos y castigados con misericordia del Santo, que ser bañados en el blando aceite del adulador y pecador. El principio de toda sabiduría es el amor de Dios, y como este reinaba en el 276 alma de este siervo de Dios, con este gobernaba y acertaba este siervo de Dios, aunque otros lo juzgaban a pusilanimidad. Fue muy quitado de pretensiones, tenía consigo y los demás gran paz y amor, que es el vínculo de la perfección. En conclusión, él fue un dechado de todas virtudes, por las cuales entre los religiosos que le conocían, era tenido por un Santo. Vino a morir, siendo Definidor, en el convento de Nuestra Señora de la Fuente Santa de Portillo, y el temor grande que él tuvo a Dios en la vida, le mostró cual otro Abad Lisoy en la muerte, confiando mucho en la piedad y misericordia de Dios N. S., aunque, por otra parte, se hallaba tan indigno de que Dios le perdonase, que llamando a su confesor, le dijo: ¿Parécele, Padre, a V. R. que me salvaré y que Dios me perdonará? El confesor le esforzó, y prometiéndole de parte de N. S. perdón, y que, según su misericordia, a otros mayores pecadores había perdonado, 276 v sosegóse su espíritu purificado con aquella pelea que en semejante tránsito permitió el Señor que tuviese, y dio su alma al Creador con gran paz, consuelo y contento suyo, y desconsuelo de los religiosos que tal Padre perdían.

Fr. Alonso, Recoleta. El Toboso es un lugar muy conocido, después que salió aquel libro Don Quijote, de la Mancha; de él era natural un Religioso de nuestra Recolectión, llamado Fr. Alonso de Guadalupe. Antes fue casado y muy curioso en sus vestidos, porque era de la gente principal de aquel lugar, y dado a las vanidades de este mundo, y aun muy mal acondicionado y demasíadamente celoso de su mujer. Llevóse la Dios y de ello quedó tan compungido, viendo la muerte dentro de su casa y en la cosa que él más quería, aunque la celaba, que se determinó de mudar estado, y aun de vida, y volverse en otro varón, hízolo, porque se vistió 277 de un saco de sayal; descalzo y desgreñado se andaba por la villa, de manera que parecía un loco. Dejó la hacienda, renunció todo lo que era

vanidad, y ejercitábase en obras de caridad con los pobres. De esta suerte fue el Señor llamando y disponiendo aquel alma para sí, hasta que la llamó al estado perfecto de la Religión, y así tomó el hábito de la Recolectión de N. P. S. Agustín en el monasterio que está en la dicha villa del Toboso, y como el espíritu que le llamó y trajo fue tan de veras, al punto dio muestras de verdadero religioso. Su vida fue más para admirar que imitar: muy penitente, traía a raiz de las carnes una cadena de hierro, a la cintura un áspero cilicio, también de hierro; azotábase cada noche hasta derramar sangre, y casi toda ella pasaba en oración. Un poco de tiempo dio en no tener lugar señalado para dormir, sino adonde le tomaba la noche, y después 277 v de muy cansado, se quedaba dormido. De ordinario tenía una tabla sola por cama y una piedra por almohada. Cuando fue novicio le probó el prelado con rigurosas mortificaciones, hasta hacerle salir a la puerta de la Iglesia, y que allí cosiese las suelas de las alpargatas de los religiosos. Entraban sus parientes, amigos y conocidos, y quedábanse admirados de verle, y él callando y sus ojos bajos mostraba su humildad, y así triunfaba del mundo y ganaba la corona de humildad, y en esta virtud fue siempre adelantándose. Más tardaba el prelado en mandarle la cosa, que él en ponerla en ejecución, sin averiguar jamás por qué le mandaban esto o aquello.

Las palabras eran muy pocas, su recogimiento interior muy grande, y si el amor de Dios se manifiesta, como dice San Gregorio, por el amor que tenemos al prójimo, en este religioso se hallan claras muestras de mucho amor de Dios 278 por la mucha caridad que a los próximos tiene, principalmente a los pobres, a los cuales da cuanto puede allegar. Jamás le pidió alguno por amor de Dios, que le enviase desconsolado, antes sufre con gran paciencia sus importunaciones. Siendo portero en el convento de Madrid, llegó, entre otros, un soldado a pedir limosna; sacóle el siervo de Dios un poco de pan, que es lo que tenía; al soldado desgarrado parecióle poco, y arrojásele, y tras eso dale un bofetón, diciendo juntamente palabras bien pesadas; y todo lo sufrió con extraña paciencia, y no sólo esto, pero se arrojó a los pies pidiéndole perdón, y certificándole que si tuviera más se lo hubiera dado. El soldado se fue, y bien compungido de ver tanta humildad, y el venerable Fr. Alonso se quedó con nuevo aumento de méritos delante del Señor. Y de esta caridad que tenía con los pobres se ha seguido que dondequiera 278 v que estaba, aumentaba N. S. las limosnas al con-

vento. Tuvo grandes luchas, como otro P. N. San Nicolás de Tolentino, con los demonios, que visiblemente le atormentaban. De ordinario solía dormir abrazado con una gran cruz, y los demonios procuraban quitársela. Una noche se olvidó de la cruz, y le costó bien caro, porque le maltrataron mucho los demonios. Certificó un religioso compañero de celda, porque no las había para todos, que por dos noches vio dentro de ella una llama como de fuego de azufre, y que sintió que se quejaba el dicho Fr. Alonso, y que le maltrataban; y que la segunda noche quiso levantarse este religioso a ayudarle, pero que le dieron tan grande golpe en los pechos, que le hicieron caer en tierra despavorido; y esto mismo certifican otros muchos religiosos, diciendo la ojeriza y envidia que le tenían los demonios, pero todo esto es más aumento de merecimiento para este siervo de Dios. 279.

P. Fr. Juan de la Magdalena, Recoleta. Todas las virtudes han de tener su modo y límite, dice Santo Tomás; solo la caridad no entra en esta regla, porque ni tiene modo ni límite, y cuanto el amor es más extremado, es más encendido y perfecto, sus finezas son todas extremas, y su modo es no tener modo. Esto vimos en este religioso Fr. Juan, natural de Somosierra. Tomó el hábito de la Recolectión de N. P. S. Agustín. Fué humildísimo, cimiento con que va seguro todo el edificio de las virtudes; muy callado, abstinente, sufrido, penitente, de suerte que certificaba el dicho P. Fr. Eusebio, que fue Recoleta algún tiempo, que le vio ir a pie y descalzo caminando por grandes fríos y barrancos, y lodos, siguiendo al Padre venerable Fr. Juan de Vera provincial, y él era su compañero y secretario; e iba con tanta alegría de corazón que en medio de las mayores tempestades, él animaba a los que iban a caballo. Jamás trajo sino un hábito y 279^v remendado, y una túnica viejísima. Jamás replicó a cosa que le mandasen, porque como humilde se esmera en obedecer. La pobreza es la cosa que él más estima, y así ni celda, ni cama, ni hábito, ni cosa que tiene; y así no dudo, sino que fue de los grandes siervos de Dios que hubo. Anda siempre tan sobre sí y tan en sí, que nunca le han podido coger desapercibido. Había un religioso en Madrid, que dio en hacer pruebas, y aun algunas peligrosas, de este siervo de Dios; porque cuando le veía descuidado, llegaba a él de repente, y le daba un bofetón, y tan recio que se oía lejos, y de suerte que le señalaba el rostro, y esto hizo algunas veces. Pues jamás se vio en este venerable Padre muestras de sentimiento, sino con una apacibilidad extraña mostraba en el sem-

blante como si no fuera el herido. Mal hacía aquel religioso, porque nuestra flaqueza, y más desapercibida, hace muchas veces su sentimiento, y así le mandó el prelado no hiciese tales pruebas; pero la virtud del P. Fr. Juan se echaba de ver y resplandecía para gloria del Señor. Es devotísimo de la Virgen Señora Nuestra; trae siempre un rosario al cuello, tiene largas vigiliias y oraciones, y, en particular, como he dicho, resplandeció en el amor de Dios, que si se puede decir, es extremo, que pone admiración. Porque sin término ni medida, ni echar él de ver lo que hace, anda corriendo por el convento, y se va a la Iglesia y, delante del Santísimo Sacramento, baila, y canta a grandes gritos, diciendo villancicos delante del Señor, cual otro David delante del arca del Testamento. A las noches, cuando los religiosos están recogidos, se bajaba al altar del Santísimo Sacramento, y se estaba bailando y cantando a gritos alabanzas a su enamorado Jesús, que cierto, a los ojos del mundo, parecía locura, y no dudo sino que lo debía de estar en amor de Dios, pues más fuerza tiene éste cuando de veras prende en un alma, que no los amores falsos y locos del mundo. El prelado le quería ir en esto a la mano, porque no dejaba reposar a los demás, pero no fue posible, porque no podía tener reparo ni reposo en su alma, porque sin poder más se iba con aquel ímpetu de amor al coro corriendo, y allí a veces en grito de alegría bailaba y cantaba con tanto gozo que ponía admiración, y en esto se le iba la mayor parte de la noche, porque el fuego de amor, como no le dejaba reposar, tampoco dormir, y así andaba siempre muy alegre, porque el amor le dilatava el corazón; como, al contrario, el espíritu triste seca los huesos y desconsuela a sí y a los demás; y el espíritu de este siervo de Dios consolaba y animaba a los demás que le trataban. Sea Nuestro Señor alabado por siempre. (*Ocho hojas en blanco.*)

F I N